

Cuando tenía doce años vivía en una vieja y destartalada casa de dos pisos, construida en forma cuadrada y con techo a dos aguas. Las habitaciones de arriba miraban en direcciones diferentes, formando una cruz con un pasillo y una escalera en el centro. En la parte trasera, sin terminar, solo había baúles, cajas y muebles rotos. Esta parte de la casa estaba caliente y polvorienta, y se abría hasta la cima de su frontón. Justo encima de la entrada al vestíbulo central se abría un triángulo oscuro, vacío, que conducía a la cueva inclinada sobre los techos de las habitaciones. Este trastero se llamaba buhardilla, aunque no era una buhardilla real. La buhardilla real era ese espacio oscuro, debajo del techo.

Yo era la persona más joven de la casa por más de una década, y mi juventud parecía molestar a todos. Constantemente me recordaban mi estupidez e inexperiencia infantiles. Nadie sintió que los años me curarían y con el tiempo llegué a compartir esa opinión. Traté de nunca hacer una declaración o aventurar una opinión que no hubiera sido expresada previamente por uno de mis mayores. Incluso así, recibí muchos desaires y correcciones, y aprendí a encerrarme en mí mismo.

El salón de la planta baja estaba lleno de libros, y leí mucho en ellos, incluida casi la totalidad de una antigua Enciclopedia Británica. Este gusto por la lectura atrajo una curiosa atención por parte de mis tutores; de vez en cuando uno de ellos sugería a los demás que me capacitaran para la ley o el ministerio.

Nunca se me consultó sobre mi propia ambición, lo que habría conmocionado a la familia. Quería ser un buceador de aguas profundas.

El verano era caluroso y mi habitación, en el lado norte, tenía una sola ventana. Los rayos del sol caían directamente sobre las paredes inclinadas, lo que proporcionaba poco aislamiento. Dormía mal, molesto por sueños extraños y vívidos. A veces me despertaba, me rascaba nerviosamente en las axilas y las ingles, escuchando cada susurro de los álamos afuera y los crujidos de las vigas.

Después de un tiempo, no estoy seguro exactamente cuándo, comencé a escuchar algo más.

La conciencia de ese sonido creció en mí, primero lenta y débilmente, luego con aterradora claridad, durante varias noches cálidas y despiertas. Era algo arriba, entre el techo y el techo, algo grande, torpe y cauteloso.

Recuerdo haberme dicho a mí mismo una vez que era una rata, pero en el momento en

que se me ocurrió el pensamiento, supe que era una mentira tonta. Las ratas saltan y corretean, son ligeras y seguras. Esto era enorme y pesado, de una masa que juzgué era mucho más voluminosa que la mía; y se movía, digo, con un sigilo lento e inseguro que tenía un ritmo sostenido, en cierto modo.

No se arrastraba ni caminaba, pero se movía.

Años después vi a través de un microscopio el lento caminar de una ameba. La cosa debajo del techo sonaba como se ve una ameba: una masa que extiende una parte delgada de sí misma hacia un extremo, luego rueda y fluye toda su sustancia hacia el mismo lugar, y así se arrastra. Solo que debe haber sido muchos miles de veces más grande que una ameba.

Al poco tiempo, estaba escuchando el ruido todas las noches. Lo aguardaba, despierto, hasta que cruzaba el techo por encima de mí. Con el ruido siempre venía el miedo, un miedo que no disminuía con el tiempo.

Miraba en la oscuridad, mi lengua se secaba entre mis dientes y las yemas de mis dedos hormigueaban como si me hubiera frotado dolorosamente. En mi espalda brotaban, abanicaban y aventaban pequeñas alas involuntarias de frío, haciendo que mi columna se contrajera y temblara como si el hielo se mezclara con la médula. Sabía que el techo caería sobre mí alguna noche como una gran piedra de molino y luego se derrumbaría sobre mi cama. Algo enorme y suave se soltaría de los pedazos rotos y se esparciría sobre mí.

No se podía hablar del tema, lo sabía muy bien. Mucho antes, había aprendido que nadie escucharía ni le importaría. Como ya he dicho, los demás habitantes de esa casa me molestaban. Una vez, cuando un chico vecino de quince años me dio una paliza terrible en el patio delantero, todos observaron desde la ventana de nuestro frente, pero ninguno se movió para ayudarme, ni siquiera cuando pensé que caería muerto a los pies desdeñosos de mi enemigo.

Cuando, cansado de pegarme en la cara con los nudillos, se retiró, me arrastré como pude hacia la casa, donde tuve que tolerar un sermón durante una hora. Hoy no puedo recordar exactamente lo que se instó contra mí, pero las lágrimas que no había derramado por el dolor brotaron bajo el regaño.

Cosas como esa me hicieron dudar a la hora de pedir ayuda.

Una mañana, durante el desayuno, pregunté si los demás habían oído algo extraño; pero sólo me reprendieron por interrumpir una discusión sobre política local.

Esa noche el ruido fue más fuerte y aterrador que nunca. Comenzó por encima de otra habitación, y luego se deslizó por mi techo, más y más lento hasta que se detuvo justo

encima de mi cama. En ese momento me pareció que el listón y el yeso no eran más fuertes que una telaraña, y que la entidad era incalculablemente más terrible que el príncipe y padre de todas las arañas. Se agachó allí, casi a mi alcance, regodeándose y hambriento, dando vueltas en su oscura mente el problema de cuándo y cómo apoderarse de mí.

No podría haberme movido de mi cama, ni siquiera podría haber gritado.

La cosa y el miedo estuvieron siempre conmigo, noche tras noche y semana tras semana, hasta un día después de la mitad del verano, un día oscuro y lluvioso.

Estaba solo en la casa, cansado de escuchar la lluvia y el susurro de las hojas mojadas afuera. Había agotado los libros de la sala y me acordé de un montón de revistas ilustradas, muy antiguas, en el ático. Subí las escaleras. El lugar era increíblemente feo y cerrado, con una especie de luz marrón reflejada por las vigas sin pintar y el interior de las tejas. Encontré las revistas y comencé a hojearlas.

Todo habían estado en silencio, excepto por la lluvia afuera. Pero, en medio de mis búsquedas, vino el sonido de algo que reptaba, tal vez desde la abertura que conducía por encima de los techos. Algo astuto y pesado estaba allí, mirándome.

En un segundo había huido escaleras abajo y hacia la puerta principal.

No fue un aumento de valor lo que me hizo detenerme antes de salir corriendo, solo una consideración sensata, aunque desesperada. Podría salir de casa y deprimirme en la calle lluviosa hasta que alguien regresara. Entonces tendría que volver yo también, y con el tiempo tendría que irme a la cama. Entonces la criatura que hacía el ruido bajaría; no esperaría más, porque me había visto. Fluiría, se derramaría al suelo, a través de mi puerta, y se arrastraría a la cama conmigo. Sabría cómo se veía, de qué color era y qué quería conmigo.

Sobrevino entonces una fría determinación, no sé de dónde, endureciendo mis miembros y mi cuello como serrín nuevo vertido en una muñeca vacía. Caminé lentamente por la casa hasta el pie de las escaleras. Allí me detuve, tratando de levantarme hasta el último escalón. No pude, me volví y caminé hacia el porche trasero. Allí, sobre una caja de madera, había un hacha de mano. Estaba opaca y oxidada, y se bamboleaba sobre su mango, pero la tomé y esta vez subí los escalones lentamente, uno tras otro, con respiraciones largas y entrecortadas. Las viejas tablas crujían bajo mis pies, como horrorizadas por mi estúpido atrevimiento.

Llegué al vestíbulo superior y regresé al ático.

Estaba más oscuro que cuando vine por primera vez a buscar las revistas. Me obligué a mirar hacia la abertura triangular, y eso requirió toda mi fuerza de voluntad, pero no

había nada que ver.

Metí el mango del hacha en el cinturón y arrastré un escritorio viejo y pesado, cargado de polvo, contra la pared junto a la puerta. Sobre eso coloqué una silla rota; luego una caja de velas, precariamente de punta. Por fin me subí al escritorio, a la silla, a la caja. Mi barbilla llegó al nivel del umbral de la caverna negra. Fue como contemplar un charco de tinta.

Me sujeté de una viga y me incorporé lentamente. La caja de velas se volcó y cayó bajo mis pies, golpeando el suelo con un estrépito como una explosión. Enseguida me arrastré dentro del ático. El pico del techo estaba tan bajo sobre mi cabeza que apenas podía ponerme de rodillas.

Saqué el hacha y traté de mantenerla en mi boca, como un puñal de pirata. Pero era demasiado grande y pesado, así que lo sujeté en mi mano derecha. Luego, de rodillas y con la mano izquierda, avancé sobre las vigas. Cada centímetro me sumergía más profundamente en la oscuridad, y cuando pasé por delante de una gran chimenea tosca, bien podría haber estado en una mina de carbón.

Primero fui directamente al frente de la casa. Palpé a lo largo de la pared y en las esquinas. Podía ver la luz en el otro extremo, parcialmente obstruida por la chimenea. Arrastrándome hacia atrás, exploré a tientas el espacio sobre el dormitorio sur. Por último, entré en la cámara sobre mi propia habitación, donde siempre había escuchado los sonidos.

No encontré nada.

Siempre terminaba con esas tres palabras cuando, lo suficientemente grande como para ser escuchado, contaba esta historia en años posteriores. Pero supe entonces, y sé ahora, que había algo, o que había habido algo. Hasta que me obligué a enfrentarlo, ese algo había sido un peligro mortal. Si hubiera hecho algo más, habría venido a buscarme. Lo que habría seguido, estoy seguro de que nadie puede imaginarlo.

Pero desde ese momento en adelante no hubo el menor murmullo de ruido bajo el techo. Llegué a dormir tan profundamente que tenía que ser sacudido por las mañanas. Tampoco volví a conocer el miedo, ni siquiera en la guerra.